

gran obra que meditaba, Montesquieu, se detuvo dos años en Inglaterra, de 1729 a 1731, y aunque la licencia de la prensa, cosa muy nueva para él, como francés de aquella época, le asustara algo, le causó admiración el gobierno inglés, cuyo mecanismo había de explicar después admirablemente sirviéndole como modelo de la política. El espectáculo de las *libertades públicas* que le ofrecía Inglaterra no dejó de ejercer influencia sobre el desarrollo de sus propias ideas en este asunto.

Por la misma época, en 1726, Voltaire salió por segunda vez de la Bastilla, donde le había hecho encerrar el Duque de Rohán Chabot, y obligado a salir de Francia, se retiró a Inglaterra. ¡Feliz torpeza la del gobierno, que en aquellas circunstancias se hizo instrumento de la insolencia y de la cobardía de un gran señor! El destierro con todas sus amarguras ha solido ser una gran escuela: algunos hombres eminentes han hallado en él enseñanzas que no hubieran hallado en el país natal y en él adquirido nuevas fuerzas y mayor potencia.

Voltaire debió mucho a su destierro a Inglaterra. Durante más de tres años se embriagó con el espectáculo de las libertades que ya ofrecía aquel país: veía florecer allí la *libertad religiosa*, todas las sectas toleradas por el Estado; la *libertad filosófica*; la crítica de los *librepensadores*, tales como Toland, Tyndall, Collins, Shaftersbury, Wolston, que discutían los libros sagrados y desarrollaban brillantemente el puro deísmo; la *libertad política*, un gobierno parlamentario tan perfectamente conforme con el gusto de la Nación y unas costumbres de independencia y de discusión tan fuertemente arraigadas, que el sistema de corrupción establecido por Roberto Walpole no pudo dominar la vida pública. Allí se penetró Voltaire de todas las ideas que constituían el aire libre que respiraba. En Inglaterra adquirió particularmente las armas que le suministraron los librepensadores, y de que había de servirse después, el *sistema del mundo* de Newton y la filo-

sofía de Locke, con su empirismo estrecho, pero también con su espíritu eminentemente *liberal*. Las *Cartas filosóficas sobre los ingleses*, impresas clandestinamente en Francia en 1734, prueban la influencia que Inglaterra ejerció sobre el pensamiento de Voltaire, y forman en cierto modo el primer manifiesto de este filósofo, que tanto escribió después.

He ahí como lo ha indicado Villemain en su *Cuadro de la literatura en el siglo XVIII*, que «de 1727 a 1730, Inglaterra fué la escuela de los dos primeros genios del siglo XVIII.»

J. J. Rousseau no escapó tampoco a esta influencia; también debe mucho a Locke. Los *Pensamientos sobre la educación de los niños*, que Locke publicó en 1693, contienen el germen del *Emilio*; el *Tratado sobre el gobierno civil*, prepara el *Contrato social*; por último, el *Cristianismo razonable*, de 1695, anuncia la *Profesión de fe del vicario saboyano*, como también la *Crítica de la religión en los límites de la razón*, de Kant.

También Inglaterra inspiró a Diderot la primera idea de la *Enciclopedia*, concebida sobre el plan que antes había trazado Bacon.

Pero si el movimiento filosófico del siglo XVIII tuvo su punto de partida en Inglaterra, en Francia tuvo su principal desarrollo; al genio francés, a ese genio tan sociable, tan expansivo y tan elocuente, correspondía desprender en toda su pureza y en toda su generalidad, y expresar bajo su forma más atractiva, y por lo mismo popularizar esas ideas y esos sentimientos de justicia y de humanidad que con extraordinario esplendor se produjeron en aquella época.

De Francia, así desarrollado y acreditado, ese movimiento se difundió por toda Europa; volvió a Inglaterra con Hume; se propagó en Italia, en Milán, con Beccaria, el autor del *Tratado de los delitos y de las penas*, que tuvo tan gran resonancia e influencia; en Nápoles, con Filangieri, el autor de la *Ciencia de la legislación*, que